

# ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS

TOMO XXVII



C. S. I. C.  
**1989**  
MADRID

ANALES DEL INSTITUTO  
DE  
ESTUDIOS MADRILEÑOS

Tómo XXVII



CONSEJO SUPERIOR DE INVESTIGACIONES CIENTIFICAS  
MADRID, 1989

# SUMARIO

	Páginas
<b>ANALES DEL INSTITUTO DE ESTUDIOS MADRILEÑOS</b>	
Memoria de actividades del Instituto de Estudios Madrileños .....	9
<b>Arte</b>	
Los monumentos públicos de Miguel Blay en Madrid, por <i>Socorro Salvador Prieto</i> .....	17
Proceso constructivo del Real Hospicio del Ave María y San Fernando (actual Museo Municipal de Madrid), por <i>Matilde Verdú Rufz</i> .....	27
El Palacio de Anglona: un testimonio monumental de los siglos XVI y XVII, por <i>Virginia Tovar Martín</i> .....	47
La Iglesia Mayor de Santa María de la Almudena: reconstrucción ideal de su arquitectura, por <i>José Manuel Castellanos Oñate</i> .....	77
Juan Cirilo Magadán y Gamarra miniaturista y tratadista madrileño, por <i>Carmen Espinosa Martín</i> .....	101
La música de la Real Capilla de Madrid (siglo XVIII), por <i>Paulino Capdepón Verdú</i> .....	109
La Casa Palacio del Marqués de Astorga, por <i>Africa Martínez Medina</i> ..	121
El Buen Retiro en el siglo XIX, proyectos arquitectónicos para su restauración, por <i>Ana Isabel Suárez Perales</i> .....	135
Ventura Rodríguez, Juan de Villanueva y el Marqués de Cubas: tres grandes arquitectos y personajes del urbanismo madrileño, por <i>Fernando Chueca Goitia</i> .....	149
<b>Bibliografía</b>	
Temática madrileña de 270 conferencias: doce cursos, 125 conferenciantes y veinte años de ininterrumpida labor. Una realización del Centro Cultural de la Villa y el Instituto de Estudios Madrileños, por <i>Antonio Aparisi Mocholf</i> .....	163
<b>Biografía</b>	
El madrileño Felipe de Cáceres conquistador y gobernador de Paraguay, por <i>Ramón Ezquerro Abadía</i> .....	191
Diego González de Madrid, un prohombre madrileño del siglo XV, por <i>Manuel Montero Vallejo</i> .....	201
<b>Economía</b>	
Los Bertrán de Lis en el Madrid post-Fernandino, por <i>Alberto Rull Sabater</i> .....	217
<b>Educación Física</b>	
Los comienzos de la educación física en Madrid, por <i>José del Corral</i> ..	233
<b>Geografía</b>	
Los trabajos preparatorios para el mapa topográfico y vistas de Aranjuez por D. Domingo de Aguirre, por <i>Pilar Corella Suárez</i> .....	257

	Páginas
Pudo ser silicio el nombre latino del Manzanares madrileño, por <i>José M<sup>a</sup> Sanz García</i> .....	285
<b>Historia</b>	
El hospital de la Concepción Francisca, vulgo de la Latina, por <i>Javier M. Tomé bona</i> .....	307
Salustiano Olozaga, embajador, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> .....	317
Francisco Telesforo Peña confesor de Fernando VII, por <i>Enrique Pardo Canalís</i> .....	327
El Palacio madrileño de los Duques de Pastrana a mediados del siglo XVII, por <i>José Miguel Muñoz Jiménez</i> .....	339
Los Gremios de la madera en el Madrid de Carlos III y la Real Sociedad Económica Matritense de Amigos del País: el proyecto de unificación gremial en 1780, por <i>Angel López Castán</i> .....	345
La Ciudad Lineal como promoción inmobiliaria, por <i>Rafael Mas Hernández</i> .....	381
Madrileños Benedictinos ilustres, por <i>Ernesto Zaragoza Pascual</i> .....	409
Algunas notas para el Madrid del siglo XIX, por <i>Fernando Jiménez de Gregorio</i> .....	435
El Ayuntamiento de Madrid durante la guerra civil, por <i>Concepción Bocos Rodríguez</i> .....	453
Fuencarral, por <i>Gloria Salterain Díez</i> .....	469
<b>Literatura</b>	
Epistolario inédito de Ramón a Cansino, por <i>César López Llera</i> .....	489
La librería Hernando contrata la impresión, distribución y venta de las obras de caligrafía de Iturzaeta, por <i>Antonio Matilla Tascón</i> .....	509
Ramón de la Cruz. El peregrino de su patria (zarzuela en dos actos), por <i>Gonzálo Corona Marzol</i> .....	513
El amor barroco en María de Zayas, por <i>María Isabel Barbeito Carneiro</i> .....	551
Cristobal de Beña un madrileño rescatado, por <i>Ana María Freire López</i> .....	569
La Biblioteca y otros bienes de Don Julián Moreno de Villodas, Secretario Mayor del Ayuntamiento de Madrid durante los reinados de Felipe V y Fernando VI (1751), por <i>José Luis Barrio Moya</i> .....	605
<b>Sociología</b>	
La inmigración a Madrid a finales del siglo XVIII, por <i>Jacques Soubeyroux</i> .....	617
La evolución de la estadística demográfica en la primera mitad del siglo XIX, por <i>Federico José Ponte Chamorro</i> .....	645
Oficios de la mujer en Madrid en el siglo XVII, por <i>Guadalupe Menéndez</i> .....	667

## EL AMOR BARROCO EN MARIA DE ZAYAS

Por M<sup>a</sup> ISABEL BARBEITO

A punto de cumplirse 400 años de su nacimiento, la escasez de datos biográficos que se han obtenido sobre María de Zayas hacen de ella un personaje inescrutable.

En efecto, de su vida, únicamente sabemos con certeza la filiación: nacida en Madrid, hija de Fernando de Zayas y María de Barasa<sup>1</sup>. Merced a un reciente y fortuito hallazgo documental, cabe agregar que en octubre de 1617 se encontraba en la Villa y Corte<sup>2</sup>, donde debió transcurrir gran parte de su existencia.

En cuanto a sus obras, la primera publicada que se conoce es de 1621<sup>3</sup>, y la última de 1647<sup>4</sup>, si bien en años sucesivos aparecen nuevas ediciones.

De su personalidad, puede afirmarse la innata afición literaria, que, al choque con el limitador sistema educativo del siglo XVII, le exigió -como ella misma indica- un esforzado autodidactismo. Y junto a esta vocación, ese sentimiento que parece emanar de su vida e invade su obra: el amor; pues según sus propias palabras, "mal puede quien no sabe un arte, sea el que fuere, hablar de él"<sup>5</sup>. Cabe imaginar que, atraída por un amor humano integral, pretendiera alcanzarlo, experimentando con desaliento que su entorno social sólo podía ofrecerle un amor enseñoreado del mundo y a la vez dominado por éste, en triste maridaje de tiranía-concupiscencia. Su penetración psicológica de mujer y escritora se agudizaría entonces,

---

<sup>1</sup> Según consta en la Parroquia de San Sebastián, donde fue bautizada, Libro 3 de bautismo, fol. 213: "En doce días del mes de septiembre de mill y quinientos y noventa años, yo, el bachiller Altamirano, theniente de cura, bapticé a María, hija de don Fernando de Çayas y de doña María de Barasa, su muger. Padrinos, don Diego de Santoyo y doña Juana de Cardona, su muger; testigos, Bernabé González y Alonso García".

<sup>2</sup> En el Libro de Firmas de "Confederados", pertenecientes a la Hermandad de defensores de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, fundada por la madre Luisa de la Ascensión, figura la firma autógrafa de "doña María de Çaias, por el Convento de la Concepción Jerónima de Madrid, en octubre, día de S. Lucas de 1617". Aparece entre otros seculares y religiosos de ambos sexos. Es muy probable que la firma de María de la Encarnación corresponda a su gran amiga doña María Barahona.

<sup>3</sup> Composición laudatoria dedicada a Miguel Botello por su obra "La fábula de Píramo y Tisbe", que se publicó en Madrid en 1621. Se trata de un soneto sobre el mito de Apolo y Dafne.

<sup>4</sup> *Parte segunda del Sarao, y entretenimiento honesto* (o "Desengaños amorosos"), publicada en Zaragoza, en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, en 1647.

exprimiendo la intuición femenina tras el porqué de unos limitadores prejuicios y redes de creencias, que obstaculizaban el entendimiento de la pareja humana. Su mismo fracaso pudo llevarla a considerar el peligro que suponía para la mujer ser víctima inconsciente de una estereotipada imagen impuesta por el hombre, cuya manipulación le impedía sentirse dueña de su propio destino. Propone entonces la solución liberadora y compensatoria que tantas desengañadas o precabidas adoptaban en la vida real: el Esposo divino, como único objeto digno de amor.

No por azar elige María de Zayas la novela cortesana. Nada mejor que este género literario para volcar en él sus ideas sin falsos pudores femeniles, consciente de que la inteligencia y el talento son asexuados.

La primera y segunda parte de las *Novelas amorosas y ejemplares*<sup>6</sup> son el molde en que vierte sus experiencias vivenciales propias y ajenas. Es evidente que entre la publicación de ambas partes debió de producirse algún cambio determinante en la vida de la escritora. En la primera, la búsqueda tras el amor parece constituir una especie de escaqueo a modo de juego, para cuya consecución hay que sortear numerosos obstáculos; pero la mujer no siempre sale malparada, e incluso a veces triunfa el amor con final feliz para los protagonistas. En la segunda, diez años después, o a esas alturas la autora ha llegado al pleno convencimiento de la imposible adecuación entre la pareja, o -si antes lo tenía- es ahora cuando pretende convencer a sus lectores. Hay otra posibilidad y es que, decidida a abandonar el mundo literario (se ignora por cuál otro), ya no le duelan prendas en denunciar cuánto de censurable encierra para ella la desigualdad hombre-mujer, en su desequilibrado entorno social: "Fue la pretensión de Lisis<sup>7</sup> en esto volver por la fama de las mujeres. (...) Y como son los hombres los que presiden en todo, jamás cuentan los malos pagos que dan, sino los que les dan; y si bien lo miran, ellos cometen la culpa y ellas siguen tras su opinión, pensando que aciertan; que lo cierto es que no hubiera malas mujeres si no hubiera malos hombres (...); advirtiéndolo que de las mujeres que hablaré en este libro no son de las comunes, y que tienen por oficio y granjería el serlo, que esas pasan por sabandijas, sino de las no merecedoras de desdichados sucesos"<sup>8</sup>.

Hasta el último momento, María de Zayas demostrará un afanoso intento de vinculante conciliación entre los dos sexos: "Yo he llegado al fin de mi entretenido Sarao; y por fin pido a las damas que se reporten en los atrevimientos si quieren ser estimadas de los hombres; y a los caballeros, que muestren serlo, honrando a las mujeres"<sup>9</sup>.

Procura resistirse a una parcialidad manifiesta. Espíritu razonador y justiciero, intenta descubrir cuáles son las faltas imputables a su sexo en las relaciones con el

---

<sup>6</sup> La primera parte de las *Novelas amorosas y ejemplares*, aparece publicada en Zaragoza, en el Hospital Real y General de Nuestra Señora de Gracia, en 1637. Es probable que se hiciera otra edición anterior en 1635.

<sup>7</sup> Lisis representa claramente a María de Zayas.

<sup>8</sup> Introducción a los "Desengaños amorosos".

<sup>9</sup> Despedida de los "Desengaños amorosos".

complementario, y confiesa objetivamente: “Dudo que ni las mujeres son engañadas, que una cosa es dejarse engañar y otra es engañarse, ni los hombres deben de tener la culpa de todo lo que se les imputa. (...) No me puedo persuadir a que todos los hombres sean de una misma manera, pues juzgo que ni los hombres deben ser culpados en todo, ni las mujeres tampoco. Y así, por lo que deben ser más culpadas, dejando aparte que son más desgraciadas, es que, como son las que pierden más, luce en ellas más el delito”<sup>10</sup>.

Pero, precisamente ese afán de justicia la mueve a rebelarse contra la indefensión de su género; y el consecuente apasionamiento desemboca con frecuencia en enardecida agresividad.

Su ideal lo constituye la pareja armónica de “amantes y esposos”, que representan fugazmente Ladislao-Beatriz, protagonistas de “La perseguida triunfante”. Sin embargo, ve que hombres y mujeres no saben mantener tan equilibradora y gratificante estabilidad. ¿A qué es debido? El afán pesquisitorio de María la llevará a percibir los diversos factores causantes de ese inaudito desajuste, e, inconscientemente, penetrará en los complejos mundos de la psicología y sociología. El concienzudo análisis que hace de sus contemporáneos lo demuestra.

En definitiva, el mensaje transmitido es de desengaño total: el hombre no sabe comprender a la mujer y la destruye; la mujer junto al hombre sólo puede esperar el infortunio; luego la única solución viable es el alejamiento a tiempo. En sucesivas ocasiones pone de manifiesto la intencionalidad que la mueve: “Y como nuestra intención no es de sólo advertir, sino de aconsejar a las mujeres ...”<sup>11</sup>; “bien ventilada me parece que queda, nobles y discretos caballeros, y hermosísimas damas (...), la defensa de las mujeres. Por lo que me dispuse a hacer esta Segunda parte de mi entretenido y honesto sarao”<sup>12</sup>.

Convencida de que únicamente con la verdad se puede ejemplarizar, insistirá en que los “Desengaños” son “todos tan verdaderos como la misma verdad; tanto, que les debe muy poco la fábula, pues, hasta para hermostrar no han tenido necesidad de ella”<sup>13</sup>.

La postura de compromiso adoptada por María de Zayas resalta en las frecuentes admoniciones que dirige en esta segunda parte de sus novelas a hombres y mujeres, rompiendo con frecuencia el hilo narrativo para actuar a modo de mentora.

Verifiquemos, pues, cómo se muestran en esa desajustada coyuntura socio-histórica las dos partes constitutivas de la humanidad, frente a la fuerza dominadora del amor<sup>14</sup>.

<sup>10</sup> En Desengaño V: La inocencia castigada.

<sup>11</sup> En Desengaño IV: El verdugo de su esposa.

<sup>12</sup> En Desengaño X: Estragos que causa el vicio. Despedida.

<sup>13</sup> En *ibídem*.

<sup>14</sup> Para mayor facilidad del lector, se citará en lo sucesivo por número arábigo de novela, anteponiendo E. cuando se haga referencia a las “Novelas ejemplares” y D. a los “Desengaños amorosos”. Las correspondencias pueden comprarse en el cuadro sinóptico que se incluye (Cfr. p.4).

## EL AMOR, FUERZA DOMINANTE

“La fuerza del amor” es algo tan evidente para María de Zayas, que incluso da nombre a una de sus novelas, en cuya introducción dice: “La fuerza del amor ninguno hay que la ignore, y más si se apodera de nobles pechos, porque amor es como el Sol, que hace los efectos conforme por do pasa” (E.5). En su omnipotencia, “el amor hace los campos ciudades y las chozas palacios (E.1), pues “cuando no hace imposibles le parece que no cumple con su poder” (E.9).

Sin embargo, hay algo temible en esta fuerza avasalladora e incontrolada: su carácter fatal y arbitrario de “amor ciego, [que] ciegamente gobierna y de ciegos se sirve” (E.10). Y, aunque a veces “apiadado de ver padecer a sus súbditos les trae por los cabellos algún breve gusto” (E.7), su acción suele ser dolorosamente nociva. De ahí la exclamación que arranca de nuestra versada escritora: “¡Oh, amor, enemigo mortal de las gentes, y qué de males han venido por ti al mundo, y más a las mujeres!” (E.5).

Cuenta, además, con un inseparable y peligroso aliado: “Jamás se halló amor sin celos” (E.5), que frecuentemente colabora para rendir las voluntades, “acabando los celos de romper la herida, y abrir la puerta del amor” (E.2).

Y como oponente en su lucha conquistadora, el *honor*. Adversario combativo y violento, jamás tolerará ser infamado: “El amor [es] guerra y batalla campal, donde el amor combate a sangre y fuego al honor, alcaide de la fortaleza del alma” (E.1).

Con todo su poder, el amor barroco está siempre condicionado por ese gran adversario que es el honor, y con frecuencia los celos pasan de aliado a enemigo, haciendo causa común con tan poderoso antagonista.

Los que sucumben al dominio del amor pueden experimentar los más desastrosos efectos: “Este tirano enemigo de nuestro sosiego tiene unos repentinos accidentes que, si no matan, privan de juicio a los heridos de su dorado harpón” (D.10) ya que “el amor es enfermedad, pues se pierde el gusto, se huye el sueño y se apartan las ganas de comer” (D.10). Consecuentemente, “¿qué mayor perdición que enamorarse?” (D.10).

Diecinueve y veinte años es la edad en que “mejor asesta sus tiros el amor” (D.6), porque hace presa más fácilmente en los incautos: “Como era niña mal leída en desengaños, aquel rapaz, enemigo común de la vida, del sosiego, de la honestidad y del honor, el que tiene tantas vidas a cargo como la muerte, el que pintándole ciego ve adónde, cómo y cuándo ha de dar la herida, asestó el dorado harpón al blando pecho de la delicada niña y la hirió con tanto rigor que ya cuantos inconvenientes hallaba antes de amar, las miraba facilidades” (D.6).

Los resultados de elemento tan decisivamente transformador dependen, no obstante, del tratamiento que se le dé:

“.....  
Miente quien dice que amor  
es mayor con las ofensas.  
Con las ternezas se cría,

si con la vista se engendra;  
con las firmezas se anima,  
las finezas le alimentan.  
Los agravios le desmayan,  
las sinrazones le hielan,  
enferma con los temores  
y muere con las ofensas.

....." (D.7).

En realidad, "el verdadero amor en el alma está que no en el cuerpo; y el que amare el cuerpo con el cuerpo, no puede decir que es amor, sino apetito, y de esto nace arrepentirse en poseyendo; porque como no estaba el amor en el alma, el cuerpo, como mortal, se cansa siempre de un manjar; y el alma, como espíritu, no se puede hastiar de nada" (D.6). Por tal razón, "las cosas (...) que se hacen sin más acuerdo que por cumplir con la sensualidad del apetito, no pueden durar" (D.6).

#### EL HOMBRE, SUJETO AGENTE DEL AMOR.

¿Cómo actúan los varones poseídos por la fuerza ciega, caprichosa y omnímoda del amor?

Generalmente, la táctica masculina consiste en agotar todos los recursos a su alcance en pos de la conquista amorosa: "¡Ay de mí!, que cuando considero las estratagemas y ardidés con que los hombres rinden las mujeres y combaten su flaqueza, digo que todos son traidores" (E.1).

Oculto el varó sus lascivas pretensiones bajo una actitud de sumisa y galante entrega: "Solicítóle la voluntad con papeles, músicas y presentes, balas que asestan luego los hombres para rendir las flacas fuerzas de las mujeres" (E.6). Por eso prefieren a la mujer incauta e ignorante, como vemos en don Fadrique, protagonista de "El prevenido engañado", cuya opinión era que "una mujer no había de saber más de hacer su labor y rezar, gobernar su casa y criar sus hijos, y lo demás eran bachillerías y sutilezas que no servían sino de perderse más presto" (E.4); "abominando de las mujeres discretas que, fiadas en su saber, procuraban engañar a los hombres" (E.4). En su irrazonable obstinación, afirma: "Temo a las mujeres que son tan sabias más que a la muerte" (E.4).

Un ejemplo cruento servirá a la Zayas para evidenciar la inocente ceguera que pretenden los varones en sus víctimas. Beatriz, protagonista de "La perseguida triunfante", es condenada injustamente por su esposo a que le arranquen los ojos unos verdugos; y la autora reflexiona: "Hasta en sacarle los ojos cumplieron éstos con el oficio de hombres contra esta mujer, como hacen ahora todos con todas" (D.9).

Lo único que no se tolera al hombre es que sea descortés:

"No es la misma permisión

= HONESTO Y ENTRETENIDO SARAÓ =

*Primera parte*

Lisis, enferma de cuartanas, vive días de amistosas reuniones y amores contrariados, que culminarán en un compromiso matrimonial acomodaticio.

La programación novelística de este primer Sarao, es como sigue:

*Segunda parte*

Nueva invitación de Lisis a otras festivas y amistosas jornadas, que oculta un propósito de ejemplar escarmiento masculino. Concluirá rompiendo su compromiso matrimonial y alejándose del mundo (de los hombres), para entrar en un convento.

Esta segunda parte del Sarao se distribuye:

<p>Noche primera</p> <p>I (E.1): Aventurarse perdiendo. II (E.2): La burlada Aminta y venganza del honor.</p>	<p>Noche primera</p> <p>I (D1): La esclava de su amante. II (D.2): [la más infame venganza]. III (D.3): [El verdugo de su esposa]. IV (D.4): [Tarde llega el desengaño].</p>
<p>Noche segunda</p> <p>III (E.3): El castigo de la miseria. IV (E.4): El prevenido engañado</p>	<p>Noche segunda</p> <p>V (D.5): [La inocencia castigada]. VI (D.6): [Amar sólo por vencer]. VII (D.7): [Mal presagio casar lejos]. VIII (D.8): [El traidor contra su sangre].</p>
<p>Noche tercera</p> <p>V (E.5): La fuerza del amor. VI (E.6): El desengaño amando y premio de la virtud.</p>	<p>Noche tercera</p> <p>IX (D.9): [La perseguida triunfante]. X (D.10): [Estragos que causa el vicio].</p>
<p>Noche cuarta</p> <p>VII (E.7) Al fin se paga todo. VIII (E.8): El imposible vencido.</p>	
<p>Noche quinta</p> <p>IX (E.9): El juez de su causa. X (E.10): El jardín engañoso.</p>	

en el hombre y la mujer,  
que en ellos es grosería  
lo que en ellas es desdén” (E.3, Introd.).

Sin embargo, escudándose en la galantería, puede engañar, someter y ultrajar, que para esos desmanes sí es permisiva la sociedad barroca.

“¿Ay, hombres!, y ¿por qué, siendo hechos de la misma masa y trabazón que nosotras, no teniendo más nuestra alma que vuestra alma, nos tentáis como si fuéramos hechas de otra pasta, sin que os obliguen los beneficios que desde el nacer al morir os hacemos? Pues si agradecerais los que recibís de vuestras madres, por ellas estimarais y reverenciarais a las demás; ya, ya lo tengo conocido (...) que no lleváis otro designio sino perseguir nuestra inocencia, aviltar nuestro entendimiento, derribar nuestra fortaleza y, haciéndonos viles y comunes, alzaros con el imperio de la inmortal fama” (D.1).

Los enamorados, ante una pasión insatisfecha, son capaces de vender su alma al diablo: Juan, personaje de “El jardín engañoso”, pacta irreflexivamente con el demonio, sin atender a las consecuencias: “Mira cuánto pierdes y cuán poco ganas, que el gusto que compras se acabará en un instante, y la pena que tendrás será eternidades!” (E.10). Sin embargo, una vez que satisfacen sus apetitos, sobre todo si se sienten amados, el objeto de su pasión pierde interés y hasta puede despertar aborrecimiento: “Eres hombre, cuyos engaños quitan el poder a los mismo demonios. (...) Dónde se hallará un hombre verdadero? En cuál dura la voluntad un día, y más si se ven queridos?, que parece que al paso que conocen el amor, crece su libertad y aborrecimiento” (E.5). Personaje arquetípico en cuanto a esta actitud, Celio “ama a quien le aborrece y aborrece a quien le ama” (E.1). Para esta autora, que sólo admite el amor firme y verdadero, resulta inexplicable cómo “los hombres empiezan amando y acaban venciendo, y salen despreciando” (E.4).

En su actitud de combate, lanza esta provocadora acusación de resonancias bíblicas: “Pudiéramos, si por milagro se pudiera hallar uno que amase firme y perseverase desdeñado, perdonar por él a los demás”<sup>15</sup>. Es consciente de su extremosidad, como lo demuestra en diversas consideraciones; pero pretende despertar la conciencia masculina con agresiones violentas. De ahí su porfía por resaltar la crueldad del varón: “En cuanto a la crueldad para con las desdichadas mujeres, no hay que fiar en hermanos ni maridos, que todos son hombres. Y, como dijo el rey don Alonso el Sabio, que el corazón del hombre es bosque de espesura, que nadie le puede hallar senda donde la crueldad, bestia fiera y indomable, tiene su morada y habitación” (D.3).

El peligro del matrimonio radica precisamente en que el marido, “más moderados los alientos de desear, con haber gozado de su esposa y tenerla ya, como a suya, menos apetecida” (D.2), ante la menor sospecha de ofensa a su honor, no le do-

---

<sup>15</sup> Corresponde al Desengaño IX: La perseguida triunfante. Obviamente, alude al pasaje de la intercesión de Lot por Sodoma (Génesis 18,32), que María de Zayas parafrasea, extremándolo aún más.

lerá infligirle cualquier tipo de castigo -incluso la muerte- so pretesto del honor: "que al honor de un marido sólo que él lo sospeche basta, cuánto y más habiendo testigo de vista" (D.5). Ladislao, a pesar de su condición de esposo y amante, presta oídos sin titubeos a la calumnia de Federico: "Era el acusador su hermano, y la acusada su esposa; el traidor, un hombre, y la comprendida en ella (en la acusación), una mujer, que aunque más inocente esté, ninguno cree su inocencia, y más un marido, que con este nombre se califica de enemigo"<sup>16</sup>.

Amante de la verdad, quizás la forma de crueldad que más duela a María de Zayas sea el engaño: "Los hombres fueron los autores de los engaños; historias divinas y humanas nos lo dicen. (El daño es que los hombres, como están tan hechos a engañar, que ya se hereda como mayorazgo, hacen lo mismo la vez que pueden con la buena como con la que no lo es" (D.6). Don Manuel, galán de "La esclava de su amante", confiesa osadamente a Isabel esta censurable forma de actuación masculina: "Y en cuanto a la palabra que decís os he dado, como ésas damos los hombres para alcanzar lo que deseamos, y pudieran ya las mujeres tener conocida esta trata" (D.1).

Ello no obsta a que los haya sinceros y firmes. Paradójicamente, "ya se sabe que los que gozan y poseen son los que saben más de engaños y menos de amor, pues nunca se vio mudable desdichado ni firme dichoso" (E.6). Si por ventura aparece ese amante fiel y verdadero, es "merecedor de tener por mujer una gallarda dama, igual en todo a sus virtudes y nobleza, que éste es el más rico don que se puede alcanzar" (E.10).

El origen de la vileza masculina está en su irrefrenable apetito lujurioso: "¡Ah, riguroso desacierto de un hombre mal aconsejado con su mismo apetito, que ni miras la justicia divina, ni la ofensa divina y humana!" (D.9).

Dominado por una irreflexiva pasión, el hombre es capaz de causar la deshonor hasta de su propio hermano, como ocurre en "La perseguida triunfante": "Amar lo ajeno, y más siendo el dueño su hermano, no es delito capaz de perdón" (D.9), será la frase lapidaria que este hecho arranque de la pluma zayesca.

En una de sus agresivas interpelaciones manifiesta la escritora: "Ah, señores caballeros!, no digo yo que todos seais malos, mas que no sé cómo se ha de conocer el bueno; demás que yo no os culpo de otros vicios, que eso fuera disparate; sólo para con las mujeres (...) (D.6).

Lo cierto es que también censura otros vicios. Así, atenta a los distintos tipos de comportamiento en el hombre, reprueba la tolerancia de ciertos maridos para los deslices rentables de sus mujeres, como el de Alejandra, que "tenía buena condición: comía sin traerlo, y, por no estorbar, se iba fuera cuando era menester; que

---

<sup>16</sup> En Desengaño IX. Que el marido puede disponer libremente de la vida de la esposa se pone de manifiesto en el Desengaño X (Estragos que causa el vicio), a través de la doncella de Florentina, quien refiriéndose a doña Magdalena, dice: "Que la mate su marido, y de esa suerte no culparán a nadie".

aún aquí había reprehensión para los hombres; mas los comunes y bajos que viven de esto no son hombres, sino bestias” (D.1).

Demuestra asimismo una clara repulsa hacia la bisexualidad, que, por conocimiento o xenofobia, atribuye a personajes flamencos: “Vio acostados en la cama a su esposo y a Arnesto en delcítes tan torpes y abominables que es bajeza no sólo decirlo, mas pensarlo”<sup>17</sup>. Doña Blanca, la esposa ultrajada, mandará quemar la cama en que su esposo se ha permitido tales veleidades.

A mayor abundamiento, sus desengañados ojos están siendo testigo de un enflaquecimiento varonil tan repelente como inexcusable: “En todos los tiempos han sido los hombres aficionados a melcnas, aunque no tanto como ahora” (D.6). “¿De qué pensáis que procede el poco ánimo que hoy todos tenéis, que sufrís que estén los enemigos dentro de España, y nuestro Rey en campaña, y vosotros en el Prado y en el río, llenos de galas y trajes femeniles, y los pocos que le acompañan suspirando por las ollas de Egipto? (...) ¿Y que no os corréis de estaros en la Corte ajando galas y criando cabellos, hollando coches y paseando prados, y que, en lugar de defendernos, nos quitéis la opinión y el honor, contando cuentos que os suceden con damas, que creo que son más invenciones de malicia que verdades; alabándoos de cosas que es imposible sea verdad que lo puedan hacer ni aún las públicas ramerías, sólo por llevar a cabo vuestra dañada intención todos efecto de la ociosidad en que gastáis el tiempo en ofensa de Dios y de vuestra nobleza? ¡Qué esto hagan pechos españoles! Qué esto sufran ánimos castellanos! Bien dice un héroe bien entendido que los franceses os han hurtado el valor y vosotros a ellos, los trajes”<sup>18</sup>.

Es injusto que hayan de “juzgar a todas por una”<sup>19</sup>, sabiendo que “si como buscan las malas para sus deleites, y éstas no pueden dar más de lo que tienen, buscarán las buenas para admirarlas y alabarlas, las hallarán honorosas, cuerdas, firmes y verdaderas; mas es tal nuestra desdicha y el mal tiempo que alcanzamos, que a

---

<sup>17</sup> En *Desengaño VII*: Mal presagio casar lejos. Me inclino por la xenofobia, sobre todo, atendiendo al contexto de esta novela, en que se arguye el peligro de contraer matrimonio con extranjeros.

<sup>18</sup> En la *Despedida de los “Desengaños amorosos”*. También dentro de la misma dice: “Pues, ¿qué ley humana ni divina halláis, nobles caballeros, para precipitaros tanto contra las mujeres, que apenas se halla uno que las defienda, cuando veis tantos que las persiguen? Quisiera preguntaros si cumplís en esto con la obligación de serlo, y lo que prometéis cuando os ponéis en los pechos las insignias de serlo (...) Mas, pienso que ya no las deseáis y pretendéis, sino por gala, como las medias de pelo y las gudejas”. -Como puede observarse, los versos que siguen, incluidos en el *Desengaño VI*, reflejan las mismas ideas: “(...) Que a los hombres manden / que vistán botargas, / como en otros tiempos / los godos usaban, / que nuestros abuclos / cran gente honrada, / y siempre vistieron / una martingala, / Las medias de pelo / mucran abrasadas / y las que las hacen / sean leña y ascuas, / Porque no hay haciendas, / que todas se gastan / en ponerse unas / todas las semanas, / Demás, que parece / que descalzos andan, / quitando el valor / a las toledanas, / Que a sus trajes vuelvan, / y vuelvan a Francia / los que le han hurtado, / que parece infamia, / Que Francia el valor / le ha robado [a] España, / y los españoles, / al francés, las galas / (...)”.

<sup>19</sup> En *Introducción a los “Desengaños”*.

éstas tratan peor; y es que como las otras no los han menester más de mientras los han menester, antes que ellos tengan tiempo de tratarlas mal, ellas les dan con la ceniza en la cara<sup>20</sup>.

María de Zayas entiende que esta actitud difamatoria no responde a un convencimiento pleno y consciente; “pues el decir mal no es porque lo sienten así, sino por seguir la variedad de los muchos, como cuando hay una pendencia o una fiesta, que acudiendo al tumulto de toda suerte de gente, ilustres y plebeyos, si les preguntasen dónde van, responderían que adonde van todos, y lo mismo les sucede en el decir mal de las mujeres” (D.9). Se trata en definitiva de una moda que, como tantas otras, siguen irreflexivamente. (...) Lo que me admira [es] que los nobles, los honrados y virtuosos, se dejan ya llevar de la común voz, sin que obre en ellos ni la nobleza de que el cielo los dotó, ni las virtudes de que ellos se pueden dotar, ni de las ciencias que siempre están estudiando, pues por ellas pudieran sacar, como tan estudiosos, que hay y ha habido en las edades pasadas y presentes muchas mujeres buenas, santas, virtuosas, estudiosas, honestas, valientes, firmes y constantes” (D.10).

Intenta obsesivamente convencer a los obcecados varones de su tiempo de que, en definitiva, los yerros femeninos dependen de su incomprensión y menosprecio: “Qué espera un marido, ni un padre, ni un hermano, y, hablando más comúnmente, un galán, de una dama, si se ve aborrecida y falta de lo que ha menester, y tras eso poco agasajada y estimada, sino una desdicha? (...) Quiéranlas, acarícienlas y denlas lo que les falta; y no las guarden ni celan, que ellas se guardarán y celarán, cuando no sea de virtud, de obligación” (D.3).

Llegada al final de su obra, a pesar de que -literariamente- ya se ha patentizado la aprobación masculina<sup>21</sup>, aún quema con ímpetu el último cartucho en pro de su causa: “Y digo que ni es caballero, ni noble, ni honrado el que dice mal de las mujeres, aunque sean malas, pues las tales se pueden librar en virtud de las buenas. Y en forma de desafío, digo que el que dijere mal de ellas no cumple con su obligación; y como he tomado la pluma, habiendo tantos años que la tenía arrimada, en su defensa, tomaré la espada para lo mismo, que los agravios sacan fuerzas donde no las hay; no por mí, que no me toca, pues me conocéis por lo escrito mas no por la vista, sino por todas, por la piedad y lástima que me causa su mala opinión. (...) Y a los caballeros, por despedida, suplico muden de intención y lenguaje con las mujeres, porque si mi defensa por escrito no basta, será fuerza que todas tomemos las armas para defendernos<sup>22</sup>”.

## LA MUJER, SUJETO PACIENTE.

En realidad, a la hora de establecer cualquier juicio valorativo sobre la condición femenina en el siglo XVII, vista a través de María de Zayas, debemos partir

<sup>20</sup> En *ibídem*.

<sup>21</sup> Tras la narración del Desengaño VIII pone de relieve cómo “los caballeros, o rendidos a la verdad, o agradecidos a la cortesía, dieron el voto por las damas”.

<sup>22</sup> En Despedida de los “Desengaños”.

de su tesis fundamental asentada en la idea de que todos los fallos imputables a la mujer son producto de una mal enfocada educación: “¡Ah, flaqueza femenil de las mujeres, acobardadas desde la infancia y aviltadas las fuerzas con enseñarlas primero a hacer vainicas que a jugar las armas!” (D.1). De ahí su falta de firmeza: “En esto se ve cuán flacas son las mujeres, que no saben perseverar en el buen intento” (D.2); y su ignorancia, que pueden compensar con una inteligencia natural privilegiada, aunque siempre en inferioridad de condiciones frente a los culturizados varones: “Pues crean que, aunque las mujeres no son Homeros con basquiñas y enaguas y Virgílios con moños, por lo menos, tienen el alma y las potencias y los sentidos como los hombres. No quiero decir el entendimiento, que, aunque muchas pudieran competir en él con ellos, fátales el arte de que ellos se valen en los estudios, y como lo que hacen no es más que una natural, fuerza es que no salga tan acendrado” (D.3). Porque, irremediablemente, desde su primera infancia “como los hombres, con el imperio que Naturaleza les otorgó en serlo, temerosos quizá de que las mujeres no se le quiten (...), en empezando a tener discurso las niñas, pónenlas a labrar y hacer vainillas, y si las enseñan a leer es por milagro, que hay padre que tiene por caso de menos valer que sepan leer y escribir sus hijas, dando por causa que de saberlo son malas, como si no hubicra muchas más que no lo saben y lo son, y ésta es natural envidia y temor que tienen de que los han de pasar en todo. Bueno fuera que si una mujer ciñera espada, sufriera que la agraviara un hombre en ninguna ocasión; harta gracia fuera que si una mujer profesara las letras, no se opusiera con los hombres, tanto a las dudas como a los puestos. Según esto, temor es el abatirlas y obligarlas a que ejerzan las cosas caseras” (D.5).

María de Zayas denuncia reiterada e implacablemente tan anómala situación, fruto de esas injustificadas limitaciones que ve aplicar taxativamente al mundo femenino. La exaspera que los únicos caminos posibles para la mujer sean el convento o el matrimonio.

Cómo condicionan a la mujer las cualidades esenciales del estereotipo en que se encuentra aherrojada?

Ser bella, supone a la vez los atributos de nobleza y claro entendimiento<sup>23</sup>; pero fatalmente es augurio de desgracia. Una mujer hermosa está condenada de manera irremediable a la infelicidad<sup>24</sup>. En “La fuerza del amor” se presenta a Laura pagando “a la desdicha lo que le debe a la hermosura”, pues había de ser “como hermosa desdichada” (E.5). Y en “Al fin se paga todo”, confiesa la protagonista: “Nació conmigo la desdicha que siempre sigue a las hermosas” (E.7). La belleza de Octavia, protagonista de “La más infame venganza”, aparece como factor determinante de su perdición: “¡Ah, Octavia, y qué engaño se te previene! En la her-

<sup>23</sup> Excepcionalmente, en El prevenido engañado (E.4), doña Gracia “era boba”, lo que se considerará como “agravio de su mucha belleza”.

<sup>24</sup> Esta constante interpretación, teñida de fatalismo, permite imaginar que María de Zayas debió sentirse agraciada con el atributo de la hermosura.

mosura te fías, sin mirar que es una flor que, en manoseándola un hombre, se marchita y en marchitándose, la arroja y la pisa (...) (D.2). Resulta muy elocuente en este sentido la fatal sentencia referida a doña Mencía, protagonista de "El traidor contra su sangre": "Hermosa es fuerza que lo sca, porque había de ser desgraciada" (D.8).

Sin embargo, preferentemente la mujer "más en las virtudes que en la hermosura ha de florecer" (D.2). "Pues parece que por lo admirable de ver juntas en una mujer nobleza, hermosura, riqueza y virtud, no sólo admira, mas es imán que se lleva tras sí las voluntades" (D.8).

La virtud es el mayor tesoro femenino: "La virtud y castidad de la mujer no hay en el mundo con qué se pueda pagar" (E.10). Y tanto importa esta cualidad, que aun cuando no fuere virtuosa, deberá al menos aparentarlo. En "La burlada Aminta" se censura a Flora tachándola de ser "una dama libre y más desenfadada que es menester que sean las mujeres, pues aunque traten de sólo su gusto, parece bien que sean honestas" (E.2).

Cuando más difícil resulta perseverar en la virtud es a los "veinte años, edad peligrosa para la perdición de una mujer, por estar entonces la belleza, vanidad y locura aconsejadas con la voluntad, causa para que no escuchando a la razón ni al entendimiento se dejen cautivar de deseos livianos" (E.6).

Para el pensamiento zayesco, la auténtica virtud ha de ser consciente. El porqué, lo plantea inteligentemente en su novela "El prevenido engañado", a través de la Duquesa: "Cómo sabrá ser honrada la que no sabe en qué consiste serlo? (E.4). Un claro entendimiento utilizará adecuadamente la discreción que exige el equilibrio de la virtud, por cuanto "las mujeres discretas saben guardar las leyes del honor, y si alguna vez las rompen, callen su yerro" (E.4). Este convencimiento lanza su pluma contra los criterios erróneos de quienes piensan que la ignorancia es fuente de virtud: "para que se avisen los ignorantes que condenan la discreción de las mujeres, que donde falta el entendimiento no puede sobrar la virtud" (E.4). Y replica despectivamente a los que sostienen lo contrario, quizás con algo de vanidad personal: "Una mujer discreta no es manjar de un necio, ni una necia empleo de un discreto"; "una mujer bien entendida es gusto para no olvidarse jamás" (E.4).

El peligro que acecha a toda mujer virtuosa es grande, porque el hombre se muestra osadamente tenaz a la hora de vencer en su conquista: "¡Qué peligrosa bala para el fuerte de la honestidad es la porfía" (D.2). "¡Ay, mujeres fáciles, y si supiédes una por una, y todas juntas, a lo que os ponéis el día que os dejáis rendir a las falsas caricias de los hombres, y cómo quisiéradcs más haber nacido sin oídos y sin ojos ...! (D.1).

Una vez vencida la virtud, pocas mujeres sabrán reaccionar positivamente, y su camino ya transcurrirá de tropiezo en tropiezo: "Era libre y había errado, causa para que algunas se den más a la libertad; que esto habían de mirar los hombres cuando desasosiegan a las doncellas, que va sobre ellos el enseñarlas a ser malas" (D.4).

Por ello aconseja a sus lectoras que ni sean “tan desdeñosas que tropiecen en crueles, ni tan desenvueltas que caigan en desestimación” (D.6).

Es consciente de que son las mujeres licenciosas las que han dado ocasión para el desprestigio general, que en boca de los hombres se extiende también a las honradas. De ahí que su crítica resulte acerada cuando alude a esas desprestigiantes mujeres “que tienen por renta el vicio y por caudal el delcote” (D.10): “Son más bestias fieras que las comunes, pues, olvidando las obligaciones, dan motivo a desestimación, pues ya que su mala estrella las inclina a esas travesuras, tuvieran más disculpa si se valieran del recato”<sup>25</sup>.

Indulgente, sin embargo, con su sexo, ve más inclinada a la mujer al bien que al mal: “Para una mala hay cientos buenas” (E.4). Admite, no obstante, que “en siendo una mujer mala, lleva ventaja a todos los hombres” (E.2); lo que avala a través de algunos de sus personajes femeninos, como Flora -por ejemplo-, quien, dominada por una sospechosa perversión sexual, se convierte en tercera de su propio amante, a la vez que acusa cierto lesbianismo en su rendida admiración por la belleza de la víctima de ambos<sup>26</sup>. Otra curiosa muestra de perversión la ofrece Beatriz, la viuda que amparada en una virtud aparente, a modo de ávida hormiga tiene convertido en infeliz pulgón de su insaciable apetito sexual a un esclavo negro<sup>27</sup>.

En cualquier caso, responda más o menos adecuadamente al estereotipo que se le ha fijado, la mujer está obligada a seguir el camino del matrimonio, si no, deberá acogerse a sagrado.

Cómo ve María de Zayas la institución matrimonial?

En tanto no se produzca el cambio propugnado por ella, la institución matrimonial en vez de asegurar el futuro femenino implica un grave riesgo, porque el marido, abusando de su condición de superioridad, con frecuencia se convierte en enemigo. Y si es extranjero, las probabilidades de fracaso son aún mayores. Doña Blanca, una de sus más queridas heroínas, reconoce angustiada: “Mayor [castigo] lo merece la española que, entendiendo viene a ser señora, deja su patria donde lo es, para hacerse esclava de quien no lo merece” (D.7).

Contraria, obviamente, al sometimiento ciego, propone por medio de doña Blanca, antes de aceptar un marido impuesto al que no conoce: “Hánmele prometido galán, bien entendido, afable, liberal, con otras mil prerrogativas de que vienen llenas las cartas; tantos hipérboles como dicen los retratos, que se han visto infinitas veces ser engañosos. Averiguo otra cosa, luego no tendré obligación de cumplir lo firmado, pues no me dan lo que me prometieron” (D.7).

Denuncia el “yerro notable” que supone un matrimonio a disgusto, pues “no hay mayor desdicha para quien ama que tener dueño” (E.7). Refuerza este argumento

---

<sup>25</sup> En Despedida de los “Desengaños”.

<sup>26</sup> Algo que rechaza ostensiblemente María de Zayas es el lesbianismo: “¿Quién ha visto que una dama se enamore de otra?, dice en el Desengaño VI.

<sup>27</sup> Personaje de la novela quinta: “El prevenido engañado”.

poniendo de relieve el peligro a que se expone el honor: "Cuanto más apriesa subía mi amor, baxaba mi honor", confiesa la infiel protagonista de "Al fin se paga todo" (E.7). Porque un conformismo heroico como el manifestado por Clara, responde al fuerte sentimiento amoroso que la unió en principio a su marido: "Ya tengo dueño -dice a su pretendiente el marqués-, justo o injusto, el cielo me lo dio; mientras no me le quitare, le he de guardar la fe que prometí" (E.6).

La única razón válida que puede llevar al matrimonio es el casamiento por amor: "Y a los que se valen del adagio vulgar de "que quien se casa por amor vive con dolor", tengo por ignorante, pues su misma ignorancia le desmiente, porque jamás se puede olvidar lo que de veras se amó y, amando, no sienten ni las penas, ni las necesidades, ni las incomodidades; todo lo dora y endulza el amor" (D.7).

Tras ese lógico anhelo, las mujeres cometen continuas imprudencias a impulsos del corazón, en un comprensible afán por unirse al marido de su gusto; y los avisados galanes aprovechan la indefensión femenina para sacar el mayor botín posible: "Se vio obligar con la palabra que le dio de ser su esposo, oro con que los hombres disimulan la píldora amarga de sus engaños" (E.6); pues "¿qué mujer despreció jamás la ocasión de casarse, y más del mismo que ama?" (E.1).

A menudo se lamentan las heroínas de sus novelas de la ingrata correspondencia amorosa que reciben en el matrimonio: "¿Quién es la necia que desea casarse viendo tantos y tan lastimosos ejemplos? (...)" (E.5).

Muchas veces, conservar un marido supone el más espantoso martirio: "¡Ah, desdichadas mujeres, que el mismo martirio conserváis por no perderle! Dichosas muchas veces las que, libres de tal mal, conserváis la vida en quietud, sin estar agrandando un tirano, que cuando más propio le tenéis más perdido" (D.2).

Por otra parte, ante la infidelidad del cónyuge la esposa ha de mantener una cautelosa reserva, aunque su corazón se encienda en los más insoportables celos: "no le quiero prometer a un corazón amante más perdición que venir a tropezar en celos, que es cierto que la caída será para no levantarse más; porque si calla los agravios [del esposo y la amante], (...) no se recatan de hacerlos; y si habla más descubierto, pierden el respeto" (D.1).

No sólo se rinde la mujer con palabra de casamiento. Por encima de las voluntades y de los intereses, el amor se enseñorea de los corazones femeninos, haciendo presa más fácilmente en los que encuentra desprevenidos: "No se fie nadie de su libertad ni de sus fuerzas, que tal vez Amor gusta más de cazar voluntades libres que gustos sujetos, y siempre se ve cautivo el libre, enfermo el sano y vencido el valiente, pues suele amor empezar burlando y salir de veras" (E.2). A través de la tranquila y confiada Aminta, vemos cómo "amor hizo fuerte en su libre y descuidado corazón" (E.2). Una vez poseída por el amor, la amante, ya sin voluntad, actuará a impulsos de sus tiránicos dictados: "Quiere amor que no te olvide,/ quiere amor que más te ame" (E.1), canta resignada Jacinta. El amor es irreductible: "¡Ay bien sentidos males,/ poderosos seréis para matarme,/ mas no podréis hacer que amor se acabe!" (E.1).

Si bien es cierto que “una mujer que ama, para todo tiene valor” (E.6), como demuestra Estela, la audaz protagonista de “El juez de su causa”, cuando confiesa a Carlos que “sus valerosos hechos nacían todos del valor que el ser suyo le daba” (E.9); por otra parte, el proceso amoroso mantiene un continuo temor en las enamoradas: “Amo y temo, y si temo es porque amo, / que sin tener temor amor no fuera” (E.8). Y de que este temor sea justificado o no, dependerá con frecuencia la propia honra. Entonces la mujer habrá de restituirla por sí misma o dejar que otros lo hagan por ella. María de Zayas, fiel hija de su tiempo, es intransigente en cuestiones de honor<sup>28</sup>, e incluso sostiene que la mujer debiera tomar venganza de sí misma por su propia mano: “Estamos obligadas (...) a no dejarnos engañar de las invenciones de los hombres, o ya que como flacas mal entendidas, caigamos en sus engaños, saber buscar la venganza, pues la mancha del honor sólo con sangre del que le ofendió sale” (E.1). Aminta es uno de los personajes femeninos que actúa con más arrojo y energía a la hora de defender su honra: “Yo soy la que siendo fácil la perdí, y así he de ser la que con su sangre la he de cobrar”, afirma convencida (E.2). Beatriz, la protagonista ya citada del IX Desengaño, no obstante sus virtudes rayanas en la santidad, considera que “el día que Federico se atreviera a perderle el decoro a ella y a su esposo, no cumpliría menos que con matarle, lo que debía a su honestidad y grandeza”.

## CONCLUSIÓN

A través de esas novelas “ejemplares” o ejemplificadoras, que hoy también podrían definirse como literatura de compromiso, vemos cómo María de Zayas quiere demostrar que, tratándose de mujeres, “ni las culpadas ni las sin culpa están seguras de la desdicha” (D.2). Generosamente solidaria, pretende ahorrarles desdichas haciéndolas escarmentar en cabeza ajena: “Porque lo cierto es que si fuéramos por un camino y viéramos que cuantos han caminado por él han caído en un hoyo que tiene en medio, y, viendo caer a los demás, nosotros fuésemos a dar en él de ojos, sin escarmentar de ver caer a otros, ¿qué disculpa podemos dar, sino que por nuestro gusto vamos a despeñarnos en él? Veis la parienta burlada, la amiga perdida, la señora deshonorada, la plebeya abatida, la mujer muerta a manos del marido, la hija por el padre, la hermana por el hermano, la dama por el galán, y finalmente veis que el día de hoy el mayor honor y la mayor hazaña de que se precian los hombres es de burlaros y decir mal de vosotros, sin reservar ninguna, sino que en común hacen de todas una ensalada, ¿y no tomáis exemplo las unas en las otras?” (D.9).

---

<sup>28</sup> Tan arraigada está en María de Zayas la idea de pagar tributo a la sangrienta tiranía del honor que en sus novelas puede observarse cómo las heroínas sin suficiente coraje, aun siendo inocentes, se someten al sacrificio reparador. Doña Inés, protagonista de “La inocencia castigada”, no obstante haber sido su deshonra bajo encantamiento, pide al hermano que la mate, pues “aunque sin su voluntad, había manchado su honor”.

Teme que, en el fondo, prefieran dejarse engañar: “Mas, temo que os pesa de saberlos (los engaños), porque pecar de inocencia parece que tiene disculpa; mas, de malicia, es quiebra que no se puede soldar, y quisierades no oír tantos desengaños, porque vosotras os queréis dexar engañar, pues en los tiempos pasados y presentes hallaréis que los hombres son unos” (D.9).

Su afán liberador, sin embargo, es tan fuerte que insistirá una y otra vez hasta que con la última palabra escrita se pierda para siempre su voz literaria: “Señoras mías, no dejarse engañar; y mientras no lo hiciéredes así, os hallaréis a cada paso en las desdichas en que hoy se hallan todas las que tratan de estos misterios, más dolorosos que gozosos” (D.8).

Por supuesto, sería una trayectoria demasiado cerrada e inhóspita aquella que sólo ofreciera un camino de lucha y sin posibilidades de triunfo; porque, en definitiva, el alejamiento de otro ser complementario supone un rechazo de la propia completitud; y esta carencia ha de suplirse con algo compensatorio e incluso más ambicioso.

Otro camino ofrece a cambio la escritora para quienes, estando dispuestas a castigar con el alejamiento al errado elemento masculino, deseen no obstante alcanzar su plenitud humana. Propone entonces una venganza que no deja regustos acibarados ni frustrantes: la incorporación a una vida de espiritualidad sublimada, donde se puede enlazar con el único Esposo auténticamente fiel y tolerante.

Esta solución trascendente produce tal complacencia en la autora, que hasta su pluma parece regodearse al valerse de Estefanía como feliz ejemplo: “La mayor novedad, y que más ha de admirar, hermosas damas y gallardos caballeros, es que persona de mi hábito y estado desengañe, siendo la hacienda que primero aprendemos el engañar, como se ve en tantos ignorantes, cómo asidos a las rejas de los conventos –sin poderse apartar de ellas, bebiendo como Ulises los engaños de Circe– viven y mueren en este encantamiento, sin considerar que los engañamos con las dulces palabras, y que no han de llegar a conseguir las obras; que si las del siglo fueran cuerdas, a nosotras nos habrían de estimar y aún dar gages por vengadoras de los engaños que de los hombres reciben. (...) Y si por ser maestra de engañar, como he dicho, no supiera ser buena desengañadora, me consolaré con saber que no he sido engañada, y que no hablaré por experiencia, sino por ciencia, porque me sacrificué desde muy niña a Esposo que jamás me ha engañado ni engañará (D.9).

En las Novelas ejemplares, algunas de sus heroínas, al sentirse ultrajadas por sus maridos o amantes, se entregan al servicio del Esposo divino. Así, Laura, protagonista de “La fuerza del amor”, toma la decisión de ingresar en un convento, afirmando que “ella quería hacer por Dios, que era amante más agradecido, lo que por un ingrato había hecho”. Y doña Juana, interesante personaje femenino de “El desengaño amando”, al sopesar los esporádicos deleites que le brinda el mudable don Fernando, frente a la eterna salvación de su alma, también se decide por el estado de religiosa: “Yo estoy determinada de acabar mi vida en Religión. (...) Y no penséis que por estar defraudada de ser vuestra mujer escojo este estado, que os

do y mi palabra que aunque con gusto vuestro y de vuestra madre quisierades que lo fuera, no aceptara tal”.

En los *Desengaños* amorosos, muchas de sus heroínas seguirán tan confortante y reparador camino, abriendo las puertas a una esperanzadora felicidad: Isabel, protagonista del desengaño primero, decide entregarse al Esposo divino, por no fiarse de ningún hombre. Octavia, no obstante entrar en el convento obligada por su hermano<sup>29</sup>, “profesó, siendo la más dichosa, pues trocó por el verdadero Esposo el falso y traidor que la engañó y dejó burlada” (D.2). Doña Inés, después de sus trágicas vicisitudes, también se recluye en un convento; el cruel castigo de que ha sido objeto suscita en doña Estefanía la siguiente consideración: “¡Ay!, divino Esposo mío, si Vos todas las veces que os ofendemos nos castigarais así, ¿qué fuera de nosotros? Mas soy necia en hacer comparaciones de Vos, piadoso Dios, a los esposos del mundo; jamás me arrepentí cuanto ha que me consagré a Vos, de ser esposa vuestra. Y hoy menos lo hago ni lo haré, pues aunque os agraviase, que a la más mínima lágrima me habéis de perdonar y recibirme con los brazos abiertos” (D.3). Para Beatriz, vivida su portentosa y pungente aventura “ya no había reino ni esposo en el mundo (...), que al Esposo celestial y al reino de la gloria sólo aspiraba” (D.9). Florentina también se hace religiosa, logrando su rehabilitación y equilibrio (D.10).

Por último, Lisis se acoge a sagrado para librarse de los engaños de los hombres, si bien “se quedó seglar”<sup>30</sup>. ¿Fue este el camino seguido por su creadora, a la que personifica? ¿Son también trasuntos de la autora las otras dos figuras femeninas especialmente realzadas dentro de los “Desengaños”, Isabel y Estefanía? Podrían entonces simbolizar sus propias etapas de vida conventual; comenzando la tercera de consagración definitiva al Amante perfecto tras concluir sus novelas alertadoras. En cualquier caso, es evidente su convencimiento de que sólo el Amor divino conviene a la mujer, como aparece corroborado en estos versos:

“Si amados pagan mal los hombres, Gila,  
dime, qué harán si son aborrecidos?

.....

Su cruel tiranía  
huir pienso, animosa;  
no he de ser de sus giros mariposa.  
En sólo un Hombre creco,  
cuya Verdad estimo por empleo.  
Y éste no está en la tierra,

---

<sup>29</sup> Juan, tras enterarse de la deshonra de su hermana, le aconsejó “que tratase, pues había sido tan loca, de tomar el hábito y ser religiosa, pues no había otro remedio, si no quería perder la vida a sus manos”. (*Desengaño II*).

<sup>30</sup> En despedida de los “Desengaños”.

porque es un Hombre-Dios, que el cielo encierra.  
Este sí que no engaña;  
éste es hermoso y sabio,  
y que jamás hizo a ninguna agravio" (D.6)<sup>31</sup>.

*doña maria  
de zayas*

Firma autógrafa de María de Zayas en "Libro de firmas de los Confederados pertenecientes a la Hermandad de defensores de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, fundada por la M<sup>ca</sup>. Luísa de la Ascensión".- Se encuentra entre los firmantes por el Convento de la Concepción Jerónima de Madrid, en octubre, día de san Lucas de 1617.  
Madrid, Biblioteca Nacional, Mss. 8.540, fol. 53 v.

---

<sup>31</sup> Estos versos los canta precisamente Isabel.